

**Vital, Alberto. *Un porfirista de siempre. Victoriano Salado Álvarez, 1867-1931.*
México: UNAM-Filológicas-Centro de Estudios Literarios / Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002, 305 p., il.
ISBN 970-32-0272-1**

Formado en la tradición germana de la filología hispano-mexicana y doctorado por la universidad alemana de Constanza en Hamburgo, Alberto Vital es una de las figuras destacadas en la academia mexicana contemporánea. Especialista en la obra de Juan Rulfo, es autor de *Lenguaje y poder en Pedro Páramo* (UNAM, 1993), una inmersión en el contexto extraliterario de esa importante novela, y *El arriero en el Danubio* (UNAM, 1994), este último un estudio sobre la influencia del escritor mexicano sobre la narrativa alemana de la segunda posguerra. Asimismo, su autoridad en la materia es manifiesta en la obra de compilación *Aire de las colinas* (Plaza y Janés, 2000), libro en el que reúne la correspondencia íntima de Rulfo con su esposa Clara, y en la biografía de ese autor que en breve saldrá a la luz.

La obra académica de Alberto Vital tiene su continuación (¿o tal vez debiera decir su origen?) en una cultivada vocación para la creación literaria. En 1991 aparece en la imprenta de la UNAM, *Lejos de las fiestas*. Siete años más tarde Vital inició su fase novelística con *Jardín errante* (Siglo Veintiuno Editores), a la cual le siguió en 2002 su novela más reciente, *Tractatus vitae* (Fundación Juan Rulfo). De un lenguaje decantado, la pulcritud narrativa de Alberto Vital no es un plato digno de cualquiera. Amparado en el sólido andamiaje de su formación literaria, los textos de Vital, al tiempo de rendir homenaje a los caminos desvelados por Mann, Proust y Broch, así como a la sutileza de Rilke, rechazan las fórmulas en boga. Vital se entrega a la búsqueda de formas y estructuras capaces de contener la expre-

sión de la realidad contemporánea, a partir del conocimiento y del dominio pleno de las formas fundacionales de la narrativa, que en su momento fue renovadora y que hoy se antoja insuficiente.

Hay en la obra académico-literaria de Vital una notable coherencia a lo largo de los años, la cual está íntimamente ligada a la constante vinculación entre la particularidad del objeto de su reflexión y el contexto universal en el que el autor y su esfuerzo se encuentran inscritos. Pero en la dinámica de su obra también está implícita la dialéctica del diálogo nacional/universal que lleva a cabo en su labor. En esta lógica resulta natural que Alberto Vital se encuentre empeñado en la revisión de la tradición cultural reciente y, aún más, que esa revisión implique la exploración de un ámbito que apenas el día de hoy comienza a liberarse del estereotipo al que fue confinado durante casi cien años. Tal es el contexto en el que se ubica su obra crítica más reciente, *Un porfirista de siempre. Victoriano Salado Álvarez, 1867-1931*, publicada por la Universidad Nacional Autónoma de México en coedición con la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Salado Álvarez pertenece a la pléyade de intelectuales nacionalistas como Carlos Pereyra, Federico Gamboa, Jorge Vera Estañol, Genaro García y tantos más, cuya honestidad y congruencia con su filiación porfirista los hizo merecedores del estigma del discurso intelectual de la Revolución mexi-

cana. Durante el siglo xx la academia mexicana y el discurso generado por la intelectualidad orgánica al poder revolucionario, asimiló sus enseñanzas, pero prefirió escabullirles sus méritos. Aun los intentos de revaloración llevados a cabo por algunos distinguidos estudiosos (como José Emilio Pacheco en el caso de Federico Gamboa), se vieron entorpecidos por la falta de una distancia crítica con el poder dominante y, en consecuencia, no pudo despojarse de la visión estereotipada sobre el porfirato y el papel y circunstancia de sus protagonistas intelectuales. Resulta significativo que durante los últimos años del siglo xx una nueva generación haya tomado la determinación de llamar a cuentas el pasado reciente y, dotados —éstos sí— de la distancia crítica que el derrumbe de la mitología de la Revolución mexicana hace factible, se lancen al examen desprejuiciado de las obras y las personas que durante casi un siglo permanecieron ignoradas.

El libro de Vital marca también un viraje importante en la actitud tradicional de la academia literaria mexicana. Durante décadas los estudiosos de la literatura en los centros de investigación a todo lo largo y ancho de la geografía universitaria nacional, asumieron la faceta literaria de los escritores mexicanos como algo ajeno a su acción política. De igual modo, el discurso académico en el área de la ciencia política ha sido incapaz de articular en su objeto de estudio la vertiente

estética. Por largo tiempo el discurso cultural mexicano exhibió sin pudor una esquizofrenia galopante: oficialmente se preciaba de que la alta burocracia se nutriera de lo más decantado de nuestra intelectualidad y, al mismo tiempo, se mostró incapaz de explicar la interacción entre intelecto y poder. El afán integrador del libro de Alberto Vital revela la consolidación de una visión distinta en el mundo de los estudios literarios. Ello, sin duda alguna, es muestra de los aires de cambio que soplan en nuestra castigada Universidad Nacional Autónoma de México, y signo de una percepción más amplia en un lugar fundamental para la historia de la literatura mexicana como es Aguascalientes.

Un porfirista de siempre no es solamente una biografía intelectual de Victoriano Salado Álvarez, es también el itinerario de la generación ubicada entre aquella que se agrupó en torno al periódico *La Libertad*, dirigido por Justo Sierra, y la del Ateneo de la Juventud. A ese conjunto de brillantes intelectuales mexicanos le tocó en suerte acabar víctima de su propia congruencia política: ellos apostaron por la restauración de una época perdida y el respaldo al régimen del general Victoriano Huerta les significó (con las contadas excepciones de personajes de inusitada maestría cortesana como Genaro Estrada) el destierro del parnaso nacional.

Vital examina en su obra las circunstancias culturales, familiares y

políticas de Salado Álvarez hasta el momento culminante en su ejercicio del poder. El autor explica en detalle la situación material del centro occidente del país en las primeras décadas posteriores al triunfo definitivo de la doctrina liberal en México. En ese marco, ubica el entorno en el que se desarrollaron los primeros años de Victoriano Salado Álvarez, cuyo nacimiento tuvo lugar el 30 de octubre de 1867, es decir, prácticamente al momento mismo del triunfo definitivo del republicanismo en México.

Salado Álvarez, como la casi totalidad de los intelectuales de su generación, creció imbuido en los ideales del liberalismo triunfante y de la mística nacionalista consolidada por la derrota del Segundo Imperio Mexicano. En ese sentido, el modelo intelectual de sus años de formación lo constituyeron las personalidades y obras de los intelectuales de la restauración, señaladamente Ignacio Manuel Altamirano. Muy joven se inicia en el periodismo de su natal Teocaltiche, Jalisco, y con ello en la incesante actividad del polemista. Desde épocas tan tempranas fueron sus interlocutores personalidades como Enrique González Martínez, José López Portillo y Rojas, Luis González Obregón, Rafael Reyes Spíndola, Carlos Pereyra, Nemesio García Naranjo, Querido Moheno y José Juan Tablada, entre muchos.

1900 marca el apogeo creativo de Salado Álvarez. Ello coincide con el establecimiento de su domicilio en la

capital del país. En ese periodo, que corre hasta 1911, publica su ciclo de novelas y encuadra también su ascenso político, primero como diputado, luego como secretario de gobierno de Chihuahua bajo la tutela del gobernador Enrique Creel y, a partir de 1906, en el aparato diplomático mexicano, en el cual llegó a desempeñarse en el nivel de subsecretario de Estado.

Durante el último decenio del porfiriato Victoriano Salado Álvarez se inserta en la cúpula del grupo de tecnócratas porfirianos conocido como los Científicos. Para los efectos de su análisis, Alberto Vital lleva a cabo un cuidadoso y, en no pocas ocasiones, erudito examen de las determinantes históricas y filosóficas de los Científicos. No obstante, nos parece que el análisis de Vital se priva de un elemento decisivo que le obstaculiza una clara visión de la cercanía entre el pensamiento conservador y la visión de los Científicos. Me refiero al hecho de que para 1875 en Europa estaba en marcha la creciente identidad entre los intereses conservadores y los liberales; para esas fechas era de general aceptación la necesidad apremiante de poner un coto eficaz a la democracia igualitaria, precisamente en el momento en que comenzaban a tomar fuerza los movimientos colectivistas obreros. En ese sentido, la realización del corporativismo político corría el riesgo de convertirse en un colectivismo proletario que echaba mano de un instrumento antes reservado para la elite educada: el de-

recho de voto. Esta nueva situación exigió una nueva estrategia que, a la vez, reclamó nuevos instrumentos teóricos y técnicos. Estos instrumentos encontraron sustento en las aportaciones doctrinarias del evolucionismo de Charles Darwin y Herbert Spencer, así como en el utilitarismo de John Stuart Mill y, por supuesto, el positivismo de Auguste Comte.

De lo anterior se desprende lo que a nuestros ojos constituye un elemento que la segunda edición de *Un porfirista de siempre* podría atender, esto es, la comprensión profunda del liberalismo-conservador, base ideológica fundamental del porfiriato, a cuya formulación los jóvenes de *La Libertad*, capitaneados por Justo Sierra, habrían de contribuir decisivamente. Nos parece que una identificación más precisa de las implicaciones y alcances de dicha doctrina arrojaría más luz para apreciar mejor la dimensión y el sentido de elementos como el hispanismo y ciertas manifestaciones usualmente vinculadas al mal llamado conservadurismo porfiriano.

Igual que Federico Gamboa, Carlos Pereyra, Jorge Vera Estañol y muchos otros, Victoriano Salado Álvarez continúa la senda de los intelectuales de *La Libertad* y prefigura el papel que desempeñarían las generaciones del Ateño y de 1915 pocos años más tarde. Sin embargo, los integrantes de esa generación intermedia a la que Salado perteneció, vieron sus vidas atenazadas por un cambio de época que irreme-

diablemente los rebasó. Tras jugar un papel destacado en el caso de El Chamizal, Salado Álvarez deja la Subsecretaría de Relaciones Exteriores a fines de junio de 1911. Ya iniciada la transición hacia el México revolucionario, Francisco León de la Barra le encomienda la redacción de la primera Ley Orgánica del Servicio Exterior Mexicano del siglo xx, y al poco tiempo lo nombra embajador en Centroamérica. En noviembre del mismo año toma el poder Francisco I. Madero, quien en marzo de 1912 lo nombra ministro plenipotenciario en Brasil. Copartícipe del extendido escepticismo hacia la persona de Madero, pese a su nombramiento diplomático en Río de Janeiro, Salado Álvarez toma sus precauciones y manda a su familia a residir en Bruselas. Agobiado por el caos en el que el país se precipita tras la muerte de Madero, y por el cansancio de meses de intenso trabajo, el escritor solicita dos meses de licencia. Concedida ésta, viaja a Bruselas para reunirse con los suyos. Regresa a Río de Janeiro el 25 de abril y en agosto de ese año el antiguo porfiriano antimaderista, ahora autonombrado Primer Jefe de la Revolución, Venustiano Carranza, cesa al cuerpo diplomático mexicano en su totalidad. Salado Álvarez pierde su casa en México, el empleo en el extranjero y comienza el primero de sus exilios políticos.

Este primer exilio lo llevó a Centroamérica y California, y concluyó en 1923. Igual que Alfonso Reyes en su

momento, Salado emprendió su adecuación a las condiciones que los gobiernos de los sonorenses le exigían. Victoriano Salado Álvarez, como Gamboa, De la Peña y Reyes, López Portillo y Rojas y otros distinguidos porfirianos, se acogió al abrigo de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Escuela Nacional Preparatoria. No obstante, la raíz de Salado Álvarez, asentada profundamente en Teocaltiche, lo habría de jalar con fuerza gravitacional hasta involucrarlo en la que para algunos es la última etapa de la Revolución mexicana: la guerra cristera. Así las cosas, el escritor sale de nuevo al exilio la noche del 12 de octubre de 1927. Este segundo exilio duraría dos años, mismos que transcurrirían entre Los Ángeles y Nueva York. Regresa definitivamente a México a fines de 1929, pero, como él mismo le escribe a su nieta recién nacida, "tiene ya sus maletas en la estación para emprender el viaje largo." En agosto de 1931, el *Diario de Yucatán* le pide dejar de enviar textos que nunca publicaría. Dos meses más tarde una muela mal tratada desencadenaría la crisis que, finalmente, acabaría con su vida.

No podemos sino celebrar la publicación de *Un porfirista de siempre* en la medida en que el libro es un acto de justicia hacia un hombre y una generación soslayada y vituperada por el discurso oficial del siglo xx. Al valor intrínseco de ese esfuerzo se suma el nivel de excelencia en el que éste es realizado y, por si no fuese suficiente, la

trascendencia que constituye en el mundo de los estudios literarios una visión integral de semejante amplitud.

La obra de Alberto Vital abre hoy una nueva senda en los estudios literarios mexicanos.